

X. ANDRADE, MARÍA BELÉN CALVACHE, LISET COBA, MARTHA FLORES,  
ÁNGEL EMILIO HIDALGO, CARLOS TUTIVÉN ROMÁN Y MARÍA PÍA VERA,  
**LOS AÑOS VIEJOS**, QUITO, FONSAL, 2007, 359 pp.

Este libro reúne siete estudios y cuatro ensayos visuales sobre la celebración del Año Viejo en las ciudades de Quito y Guayaquil. Una fiesta cuya consistencia se ha nutrido con el paso de los años de nuevas formas de practicarla.

Esta celebración parte del patrimonio intangible ecuatoriano, es una expresión lúdica y festiva, irreverente y sensual. Los años viejos son no solo los monigotes de aserrín, tela, cartón, engrudo, esmalte y aerógrafo exhibidos en la calle durante el último día de diciembre. Encarnan los anhelos, inconformidades y malestares de los ecuatorianos. Son una impugnación teatral del orden social, de sus instituciones y sus normas.

Sus orígenes son difusos. Se hunden en los entresijos de la ciudad de inicios del siglo XX, entre patriarcal y moderna. Sociedad bisagra que se adentra de a poco en la modernidad con un insistente gesto decimonónico. El baile de los Santos Inocentes que daba inicio luego de Navidad y se prolongaba hasta los primeros días del nuevo año parece ser (según los autores Ángel Emilio Hidalgo, María Belén Calvache y Martha Flores), el precedente del Año Viejo. Las inocentadas, “tomaduras de pelo” perpetradas por los habitantes de algún barrio en contra de la gente de otro; bailes de máscaras organizados en las plazas de toros, parques y explanadas. Payasos, diablos, *sacharunas*, monos, belemos y yumbos bailando con bolsiconas y chuchumecas; damas de antifaz, soldados y caballeros de frac y chistera en los clubes y salones exclusivos de la ciudad moldean una celebración que, en el tránsito a la ciudad moderna, toma otro semblante: se nutre de las costumbres festivas venidas del campo, que llegan a la ciudad adosadas a quienes emigran.

La fiesta delinea su propio rostro cuando aparecen el monigote y su quema. Envuelto en jaranas, música y baile, la hoguera alimentada con pajas y hierba seca espera al muñeco llorado por deudos y viudas. Al filo de la medianoche es leído el testamento. El ritual es un reencuentro de la comunidad convocada a incinerar el pasado, recibir con esperanza el nuevo año

y hacer un recuento de la vida. Con el tiempo la parodia se amplifica. Personajes públicos y de la política doméstica son ahora objetos de la impugnación.

El aspecto teatral del Año Viejo aflora en sus transiciones que dan cuenta de la estructura de la fiesta y sus elementos. Un montaje que devela costumbres festivas de antaño puestas al día con artificios y maquillajes sofisticados, con símbolos y gestos de la cultura de masas. Las fiestas de máscaras de la élite quiteña, los bailes populares en los parques, los corzos de flores, la música y la quema del monigote son momentos del ritual hoy espectaculares en los que se aprecian los trazos de una fiesta tradicional reeditada como un *revival* mundano a ritmo de tecnocumbia, personajes de televisión, camaretas y tarima.

Fin de año. Carnaval. La antropóloga Liset Coba sitúa a las viudas (tradicionales personajes del Año Viejo) en un espacio privilegiado de la fiesta descrita como una parodia de la masculinidad. Su etnografía presenta la subversión del orden patriarcal expresado en el monigote incinerado. Festejo surrealista, nos dice, que deja entrever los contornos del otro: el cuerpo rebelde a medio camino entre lo masculino y lo femenino. Sin embargo su análisis basado en testimonios de viudas y *drags* el 31 de diciembre “día de la subversión por tradición” (p. 131), deja una paradoja al garete: vestirse de viuda, lejos de cuestionar la masculinidad, la define por oposición: “hay que ser muy macho para vestirse de mujer”.

Los testimonios reseñados por Coba son evocados de manera, a nuestro parecer, exagerada. Calificada como “contra-hegemónica”, la contrahechura de la viuda y el transformismo del *drag* son explicados como escenarios que evidencian, más que una intención lúdica de parodia del cuerpo, una política corporal destinada a subvertir el orden masculino. ¿Surrealismo etnográfico o apología del Año Viejo? Tal vez la fiesta no dé para tanto.

El festejo de fin de año descubre relaciones de poder que, soterradas la mayor parte del tiempo, se manifiestan durante el fin de año como simulacro. Se trata, según el antropólogo X. Andrade, del único espacio de vandalismo institucionalizado que el orden se permite. La calle convertida en un museo que exhibe monigotes de espectacular factura, escenarios de cartón y pintura que denuncian actos de corrupción, contubernios y enredos de políticos y famosos. Altares donde el ritual del concurso de años viejos, la atmósfera profana de la música, las viudas y el exceso que traslucen los gigantescos y sofisticados monigotes es un culto social de características profanas ocurrido en el envés del orden social; el haz, censor y punitivo, no desaparece: disimula su presencia.

Los ensayos fotográficos de Florencia Luna, Álvaro Ávila Simpson, Jorge Vinuela y François Laso en Guápulo, la calle Michelena en el sur de Quito,

la Junín en el centro y en el norte de la ciudad, constituyen los testigos más elocuentes del Año Viejo. Los rituales descritos de manera erudita por antropólogos, sociólogos e historiadores, cobran vida en la segunda parte del libro. Florencia Luna cuenta en sus daguerrotipos la historia de un viejo habitante de Guápulo, de su familia y su manera de recibir el año nuevo. Un bombero retirado hace mucho, que conoce los secretos del fuego, se burla del frenesí electoral y sabe que el Año Viejo es un ritual de quema y rezo, de olvido y recuerdos, de esperanza y fervor religioso. Con pulso de experto asegura el curso de un petardo, dispone con ramas de eucalipto el altar para el monigote, abre la ventana y cuelga del dintel un rosario, cuenta los segundos en su reloj de pulsera, enciende la radio. Espera.

Las fotos de Álvaro Ávila Simpson cuentan el último día del año en una calle bulliciosa del sur de Quito. El 31 de diciembre, la calle Michelena transmuta en un corredor iluminado de amarillo y naranja, inundado de música y gente y ornado de tarimas donde se apretujan los años viejos. La organización de la fiesta corre a cargo del Club Social, Cultural y Deportivo Atahualpa que premia a los mejores monigotes, a las viudas más audaces y al público más alegre. Un niño encapuchado salpica destellos de luz al sacudir un pedazo de viruta metálica encendida, otro salta su euforia sobre una fogata recién encendida. El abrazo estalla cuando el conteo regresivo termina. Luego, la premiación de las viudas que desfilan en la tarima. Entre ellas destaca una vestida con blusa bordada, pollera color verde, chalina anaranjada y alpargatas, que evoca una bolsicona de aquellas que antaño bailaban en la explanada de algún parque durante la fiesta de Inocentes.

La fiesta de Año Nuevo en el Centro Histórico de la ciudad despabila a los vecinos de la calle Junín. El lente de Jorge Vinueza cuenta el tránsito del barrio San Marcos de su letargo al estallido de viudas y muñecos de viruta y trapo contruidos en la calle y en los patios de cada casa. Fiesta de jóvenes, viejos y niños. Un vehículo policial cae en la emboscada tendida por un grupo de viudas desaforadas que seducen a los gendarmes, un payaso y un ángel con alas de cartón se cuelan de contrabando; un abuelo ayuda a sus nietos a levantar un cobertizo para su monigote. Al caer la noche el frenesí de las viudas sube de tono. A las doce ocurre el abrazo de los que están y el recuerdo de los que se han ido. Las miradas, las risas y los brazos cruzados revelan un cóctel de emociones contenido en cada cuerpo.

En el norte de la ciudad, la cámara de François Laso persigue a un grupo de jóvenes que planea construir un Año Viejo gigantesco. La hechura del monigote empieza temprano y termina a media tarde, cuando es preciso volver a casa y empezar otro ritual: la preparación de las viudas.

Finalmente, los ensayos gráficos cierran con un desfile de eróticas enlutadas que posan para la cámara de Jorge Vinueza.

*Santiago Cabrera Hanna*  
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

ANA MARÍA GOETSCHEL, **EDUCACIÓN DE LAS MUJERES, MAESTRAS  
Y ESFERAS PÚBLICAS. QUITO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX,**  
QUITO, FLACSO-ECUADOR/ABYA-YALA, 2007, 238 pp.

Como otras disciplinas históricas, la Historia de la Educación ha experimentado profundos cambios a partir de la década de los sesenta del siglo pasado. Y es que, a partir de entonces, la Historia de la Educación se alejó del estudio de los hechos escolares y se convirtió en Historia Social de la Educación; denominación que sirvió para caracterizar sus renovados intereses tendientes a repensar el fenómeno educativo como un factor dinámico y como una forma de interdependencia que se configura dentro de la compleja trama de las relaciones sociales y económicas que establecen los seres humanos entre sí.

Desde esa mirada, el interés ha ido más lejos: comprender diversos aspectos de la realidad social desde la historia de las prácticas pedagógicas. Se trata, según Obregón, Saldarriaga y Ospina, de una inversión del punto de vista del análisis que permite distinguir entre los particulares “procesos de gestión de la población” y los específicos del Estado.

El trabajo de Goetschel se sitúa dentro de las nuevas líneas de fuerza que en la actualidad caracteriza la investigación histórica en el ámbito educacional. Empeñada la autora en mostrar el papel protagónico de un grupo de mujeres en relación a la educación femenina en la primera mitad del siglo XX, su trabajo devela de manera sugerente que, a través de diversas “estrategias y acciones”, esas mujeres fueron capaces de gestionar la construcción de un nuevo sujeto social que reclamaba para sí no solo competencias en la esfera de lo público, sino renovadas formas de percepción social acerca del género. En este sentido, la autora incursiona en la historia de las mentalidades y nos conduce a la comprensión de un momento de quiebre con relación al imaginario colectivo tradicional que hasta antes de la Revolución Liberal se había tejido en torno a la mujer. De hecho, en el primer capítulo del libro muestra que, antes de ese importante momento de transformación liberal, las mujeres de la élite, sujetas al sistema de dominio patriarcal, estuvieron excluidas de una participación directa en la vida pública nacional.

Sin olvidar, por un lado, la relación existente entre sociedad y educación, pero considerando, al mismo tiempo, las especificidades de cada uno de esos campos, la autora muestra cómo el cambiante proceso de construcción femenina dependió de las nuevas políticas educativas implementadas por el Estado liberal a partir de 1895. En este sentido, los mecanismos estatales de transformaciones pedagógicas habrían abierto no solo el camino para que un grupo de mujeres-maestras destacadas puedan subvertir las visiones que en el plano simbólico tenían sobre sí mismas las mujeres, sino que, al mismo tiempo, habrían viabilizado una forma diferente de comportamiento social y político de ese mismo grupo protagonista. Esta es una cuestión importante, ya que según se nos muestra, si bien antes de la Revolución Liberal, aunque limitados, hubo proyectos de incorporación de las mujeres al sistema educativo —el ilustrado de Rocafuerte o el civilizatorio de García Moreno—, estos se construyeron sobre modelos educativos funcionales al papel que se esperaba que las mujeres cumplieran en el ámbito de lo doméstico.

Coincidimos con la autora en que se trata de un tema inédito, ya que a más de establecer la interrelación entre proyecto dominante de las élites con la dinámica de la acción de las mujeres, como hemos indicado antes, se empeña en mostrar cómo éstas fueron capaces de elaboraciones discursivas relativamente independientes de la influencia de los sectores hegemónicos. En este sentido, la preocupación de Goetschel se sitúa en el interés por la comprensión de la agencia de los sectores subalternos; agencia a la que la historiografía en general solo ha prestado atención en las últimas décadas.

En ese marco de estudio, en la obra se discuten con una serie de categorías analíticas, entre otras, la importante de género; categoría que al ser confrontada con la realidad concreta que se está estudiando, se la asume en la historicidad que le es propia; empeño de análisis al que la autora pone especial cuidado. Y es que, según sus palabras, “(...) estas concepciones teóricas hay que tomarlas desde una perspectiva histórica puesto que si se dejan de lado las especificidades históricas pueden conducir a una posición estéril (...)” (p. 19). Todavía desde el punto de vista teórico, Goetschel se aproxima a su objeto de investigación por la vía, entre otras, de la influencia de los estudios de Bourdieu. En este sentido, recurre al concepto bourdieuniano de campo social, para demostrar cómo en el Ecuador de la primera mitad del siglo XX, bajo las condiciones de modernización y secularización imperantes, se desbrozó el camino a la constitución de un “campo pedagógico relativamente autónomo” que abrió la participación de las mujeres a la vida pública. Desde esta perspectiva, sin desconocer que las prácticas educativas son formas fundamentales de normalización y disciplinamiento social, Goetschel asume que el campo pedagógico, que se

constituyó como campo educativo laico, en medio del enfrentamiento entre el Estado y la Iglesia por el control de la educación, en la etapa que estudia, permitió la generación de formas relativamente independientes de acción de las mujeres; planteamiento que se basa en la idea de que los sistemas educativos “no solo operan para someter al poder sino para constituir poder”. Según Stephen Ball, de quien hemos tomado la cita anterior, autor que interpreta a Foucault, “Los efectos de poder son tanto negativos como positivos. Ejemplos importantes de estos últimos son el cambio histórico en las relaciones de género en el siglo XIX que hizo posible que las mujeres sacaran partido de las nuevas prácticas de certificación y de selección meritocrática”.<sup>1</sup>

En el marco de referencia hasta ahora reseñado, una de las expresiones de la constitución de la mujer como “sujeto conecedor activo” sería la capacidad que tuvo para generar un discurso cultural contrahegemónico al hegemónico de las élites, convirtiéndose, una parte de éste, en una forma más de expresión de la opinión pública nacional, generalmente pensada solo como esfera de dominio de los sectores dominantes.

Ahora bien, ya desde la perspectiva empírica, frente a ese interés por desentrañar en la larga duración el protagonismo histórico de las mujeres, la autora se preocupa por interrogar no solo a las convencionales fuentes escritas, sino a otras menos convencionales como las orales. Estas últimas le permitieron recabar información sobre el mundo de las percepciones de las mujeres; información que los archivos documentales difícilmente contienen porque, en medio de una historiografía sobre los proyectos dominantes, la conservación de registros sobre mujeres no era objeto de preocupación. En este sentido, el trabajo de Goetschel contiene, además del adecuado sustento teórico, un rico sustento empírico.

*Sonia Fernández Rueda*

Taller de Estudios Históricos (TEHIS)

MARY MONEY, ***ORO Y PLATA EN LOS ANDES: SIGNIFICADO EN LOS DICCIONARIOS DE AYMARA Y QUECHUA, SIGLOS XVI-XVII,***

LA PAZ, COLEGIO NACIONAL DE HISTORIADORES/

PRODUCCIONES CIMA, 2004, 367 pp.

Ocurre algunas veces en las investigaciones científicas que los resultados de los trabajos sobrepasan los objetivos del investigador. Este es el caso de

---

1. Stephen J. Ball, “Presentación de Foucault”, en *Foucault y la educación*, Londres, Routledge, 2001, p. 9.

Mary Money con su libro *Oro y plata en los Andes*, el cual busca el significado de los metales preciosos entre los habitantes de esta parte del mundo antes de la Conquista y durante la primera etapa de la Colonia, pero encuentra además un verdadero tesoro de información sobre las civilizaciones precolombinas.

Introduciéndose en los diccionarios de los cronistas y haciendo uso de su conocimiento personal de las lenguas aymara y quechua, Money revela que nuestros antepasados no solo usaban ampliamente los metales para fines utilitarios y ornamentales, sino que poseían avanzados conocimientos tecnológicos de metalurgia y orfebrería. Esto es demostrado por el amplio vocabulario que los nativos empleaban para esas especialidades, léxico elaborado y complejo que a su vez no podía ser ajeno a civilizaciones desarrolladas a lo largo de muchos siglos ni de sociedades sin una elevada organización política como fueron los imperios Tiwanaku e Inka.

Más allá del consabido cliché de que en la época precolombina el oro y la plata eran usados para fines religiosos, Money muestra, mediante las crónicas, que estos metales eran usados además en forma de regalos para concertar alianzas políticas, para intercambio en forma de “dones” y como ornamentos que simbolizaban poder y estatus usados por las élites gobernantes.

Por otro lado, fueron precisamente el oro y la plata la causa de la conquista, ya que, al anoticiarse los españoles de las fabulosas riquezas de esta parte del mundo, no dudaron en venir masivamente en búsqueda de los metales preciosos. Money recopila la información de los cronistas sobre el rescate de Atawallpa, tal vez el tesoro más grande que viera la humanidad, mostrándonos su magnificencia. ¿Qué tipo de piezas conformaba el famoso “rescate”? Barras de oro, tinajas, “casoletas”, tejos, adornos para hombres y para mujeres, “tejuelos de oro como adovillos”, vasijas, cántaros, ollas, figurillas de hombres y de mujeres, topos, vinchas y demás, todo lo que fue recolectado de los cuatro *suyus* y cargado por 20.000 hombres hasta Cajamarca para llenar con las joyas nada menos que dos galpones.

Si con el rescate de Atawallpa se fue rumbo a España una gran cantidad de la orfebrería inka, la cual fue fundida posteriormente, el saqueo no cesó allí, sino que continuó en los años siguientes. Manko Inka fue presionado para entregar las vigas, puertas, umbrales y ventanas de oro y plata del templo del Sol. De acuerdo con Diego Kayo: “el dicho Manko Inka le dio 30 vigas de plata cada una de 20 palmos de largo y del grueso de una pierna de carnero, del mayor grandor y cada una venía en 20 indios cargados” (p. 18). Igualmente, Manko entregó a Hernando Pizarro plata de cocos, platos, vasijas, ollas, cántaros, hombres, mujeres, ganados, “y le dio una vez dos bultos de hombre y mujer de oro grandes que pesaban más de 40.000 pesos, 300 ladrillos de oro, 11 cargas de indios de oro”. Pero en el caso de Manko,

los metales preciosos no fueron entregados como pago por un “rescate”, sino en categoría de tributo.

Posteriormente, Money conduce al lector a un viaje por la minería en lenguas aymara y quechua, materia en la que determina un voluminoso vocabulario en ambos idiomas. En este espacio se encuentran los vocablos nativos correspondientes a los combustibles, los fundentes, los instrumentos de fundición y refinamiento, el proceso de fundición, las aleaciones de oro, aleaciones de plata, aleaciones de cobre, el uso del bronce cupro-arsenical, del bronce estaño y las aleaciones de cobre.

En otro capítulo, se introduce en el léxico de la orfebrería, donde se encuentran las palabras que se usan para la mano de obra en ambos idiomas nativos, los instrumentos de orfebrería y las técnicas. De ahí pasa a los ornamentos de oro y plata que usaban las autoridades como la *mascaipacha*, el tupo y la rampa, describiendo primero los objetos para los varones como distintivos cefálicos, *yanquis*, *chipanas* y los collares o *wallqa*. También los ornamentos femeninos merecen una detallada descripción, como la *lliclla*, el *aqsu* y la *ñañaca* y el infaltable *tupu*. En esta parte describe también los vocablos empleados para los objetos ceremoniales de uso político.

Pero su trabajo no se detiene ahí, sino que analiza la visión de los grupos nativos de habla aymara y quechua del nuevo sistema económico y comercial impuesto por la Colonia, su reacción y adaptación al mismo.

No se puede dejar de observar la coincidencia y complementariedad del trabajo de Money con la investigación arqueológica. Además de los trabajos que ella cita, hay otros –como los que fueron registrados en el número 7 de la revista *Pumapunku* publicada en 1994–. En dicha revista dedicada a la minería prehispánica, destacan los artículos “Análisis espectrográfico y patrón de impurezas en el cobre de las grapas tiwanacotas” de Carlos Ponce Sanginés, “Sobre metalurgia prehispánica” de Augusto Dreyer Costa e “Ídolos en la metalistería inka” de Jédu Antonio Sagárnaga. En ellos se revela también de manera científica, los resultados de análisis químicos y mineralógicos de objetos de metal utilizados en la época tiwanacota e inka, concluyendo que las sociedades prehispánicas tuvieron amplios conocimientos en la materia, lo que refleja el elevado desarrollo tecnológico que alcanzaron.

Si bien no se puede decir que la última palabra sobre minería y metalurgia prehispánica esté dicha, se puede afirmar, incluyendo el aporte de Money, que, mientras más se sabe, más admira el refinamiento de los conocimientos alcanzados por nuestros antepasados en diversas ramas de la tecnología.



No vimos el pago por el rescate de Atawallpa porque no existen gráficos que lo hubieran ilustrado, así que solo nos queda imaginar cómo era la vida cotidiana antes de 1532, cuando los palacios y templos tenían umbrales revestidos de oro y plata y exhibían figuras antropomorfas y zoomorfas de ese metal a escalas casi reales de acuerdo a las descripciones, cuando las autoridades y sus familias lucían sus brillantes ornamentos cefálicos, pulseiras, collares y demás, o cuando los militares se reunían a brindar usando vasos de oro macizo. Lamentablemente, la mayor parte de aquellos tesoros fue fundido en Europa y hoy solo quedan escuálidos restos resguardados en algunos museos, los que muestran la magnificencia de la cultura nativa.

*Patricia Montaña Durán*  
Grupo Itihasa  
La Paz, Bolivia

KARL DIETER GARTELMAN, ***NARIZ DEL DIABLO Y MONSTRUO NEGRO.***  
***EL FERROCARRIL MÁS DIFÍCIL DEL MUNDO,***  
QUITO, TRAMA, 2008, 192 pp.

Todo libro admite muchas lecturas. Una vez salido de la pluma del autor, adquiere vida propia, se actualiza con el trabajo de cada nuevo lector, se transforma en los meandros de la recepción. El lenguaje escrito se distingue del habla cotidiana, entre otras cosas, porque el emisor del mensaje no está al lado del receptor para explicar sus ideas, precisar sus razonamientos, volver a explicarse con otras palabras que se ajusten al entendimiento del interlocutor. Hablar nos pertenece mucho más que escribir, aunque todo lenguaje es mucho más una herencia que una creación de cada uno.

Karl Dieter Gartelman escribió un libro para público amplio. Tomó uno de los grandes tópicos del ensayo ecuatoriano, las enormes dificultades en la construcción del ferrocarril, y decidió escribir algo que pudiera leerse amenamente de principio a fin. Lo consigue. El texto logra cautivar al lector. Desfilan anécdotas llamativas, hazañas espectaculares, viñetas coloridas del modo de vida cotidiano de los pueblos asolados por la profunda transformación empujada por la obra magna. La obra termina con la reconstrucción hipotética de los viajes de inicios de siglo entre Guayaquil y Quito. Se basa para ello en relatos de viajeros que efectivamente usaron el tren, sufrieron sus riesgos y caminaron por los senderos de sus descarrilamientos frecuentes.

El trabajo de Gartelman no es el de un historiador que presenta sus fuentes y deja escuchar al lector los ecos de las discusiones sobre la verosimilitud de un testimonio o la preferencia por un dato en lugar de otro. Tampoco

presenta el aparato técnico que distingue a los libros de especialistas, basados en la revisión de archivos y el cotejamiento de fuentes de época con reconstrucciones posteriores. Este aparato técnico no es un capricho de la erudición. Es una técnica para que los lectores atentos puedan verificar, si así lo desean, las opiniones, datos y afirmaciones del autor. Dejar abierta esa posibilidad es importante en un tema tan rodeado de mitos, exageraciones y contenido emocional como la construcción del ferrocarril. No es, entonces, un libro de historiador profesional sino un libro de historia: recoge las evocaciones sobre un hecho fundamental del desarrollo histórico del país. Es un libro de historia porque deja entrever preguntas acuciantes desde el presente hacia el pasado, permite lecturas sobre una época y sobre aquella obra que simbolizó mejor que ninguna otra el espíritu del progreso tal como se concebía en su tiempo. Haré, entonces, uso de mi libertad de lectura frente a los escritos de un autor con el objetivo de señalar algunas preguntas de historiador que surgen de la revisión de un libro de historia que no ha sido escrito por un historiador.

La lectura del libro no deja dudas. El autor está fascinado por el ferrocarril, por sus intrincados vericuetos y sus legados perdurables. Si pudiéramos resumir la sensación que nos queda luego de la lectura, sería la de una oda crítica a la obstinación de quienes forjaron el ferrocarril. Una oda, porque el autor se complace en recordar los enormes sacrificios y dificultades que hubo que superar para terminarla: la falta de fondos, los negocios fraudulentos, la oposición política, la falta de mano de obra, y la terquedad desafiante de una geografía imponente. Era una obra desproporcionada para las capacidades técnicas y económicas del Estado ecuatoriano del siglo XIX. Construir un ferrocarril que atravesara los Andes era una verdadera hazaña de la ingeniería. Pero es una oda *crítica*, porque no pasa por alto los sacrificios no consentidos (sino obligados) que se vieron forzados a sufrir los trabajadores que perdieron la vida o quedaron mutilados en el trayecto. Es *crítica* porque no silencia los debates sobre su financiamiento, sobre los contratos alegres y las componendas amarradas de Archer Harman y sus antecesores. Es también *crítica* porque no olvida mencionar las fallas técnicas de un sistema de rieles construido al apuro, más apurado por terminarlo en el plazo convenido que terminarlo bien. Es *crítica* porque muestra los graves problemas y riesgos que corría el público usuario una vez concluida la obra, porque reseña la suerte de los pueblos que mueren o que nacen al vaivén de la obra magna, sin otro futuro que aquel que le deparará la suerte de este medio de transporte.

La pregunta histórica clave es ésta: ¿Por qué tanta obstinación? ¿Cómo justificar esa obra desproporcionada? La disyuntiva de una obra enorme, cara, sujeta a múltiples sospechas y técnicamente muy difícil, está bien refle-

jada en las opiniones contrapuestas de Eloy Alfaro y Antonio Flores. Para el primero, la obra era parte indisoluble del proyecto liberal: “Sin ferrocarril es para mí efímera toda revolución, ineficaz, risible todo conato de progreso” (p. 95). Para el segundo, el sacrificio era de tal magnitud que no se justificaba; podían conseguirse los mismos fines por otros medios: “Nunca he creído en la pronta conclusión de los ferrocarriles (...) con menos fiebre de ferrocarriles hubiéramos tenidos tiempos ha, buenos caminos de herradura” (p. 30).

¿Cómo explicarse tantos esfuerzos, imaginaciones, entusiasmos y sacrificios? Se ha hablado de la necesidad de integrar el mercado nacional. Pero los principales productos de exportación no iban de Quito a Guayaquil. El cacao se producía en la Costa y se transportaba mediante barcos de vapor que cruzaban el río Guayas. El ferrocarril no vinculaba el puerto con sus principales centros de producción. En fin de cuentas el eje económico de la Costa no pasaba por Quito. Quito tampoco exportaba en grandes magnitudes a través de Guayaquil. Todavía en 1920, los productos andinos representaban tan solo el 5% de las exportaciones nacionales. El ferrocarril no servía para favorecer una producción maniatada por dificultades de transporte. Y sin embargo, la obsesión que recorrió el país desde García Moreno hasta Eloy Alfaro fue unir la Sierra con la Costa. De hecho, los mercados internos siguieron siendo abastecidos primordialmente por las respectivas producciones regionales. Es cierto que a lo largo del siglo XIX, crecientemente, como muestra Gartelman, las provincias de la Sierra central se vincularon a la Costa. La expansión de la producción en la Sierra central fue notable, pero toda su magnitud parece insuficiente para justificar una empresa de las proporciones del ferrocarril. El ferrocarril fue menos una respuesta a necesidades mercantiles preexistentes que un promotor de cambios en los mercados del interior.

Más que unificar mercados, era necesario unir voluntades. Construir una comunidad nacional. García Moreno inició sus trabajos en 1860, un año después de aquella crisis general que casi separó a Guayaquil de Quito, a Loja de Cuenca y a Cuenca del resto del Ecuador. Para 1895, un movimiento liberal fundamentalmente costeño tomaba por asalto las alturas andinas. Era indispensable reafirmar aquella existencia nacional tan frágil y cuestionada. Gartelman menciona que Roberto Andrade y Abelardo Moncayo tenían un sueño injustificado: que la Sierra y la Costa se unieran en un “abrazo de acero” y que disminuyeran los odios en el crecimiento del “cariño mutuo” (p. 31). Pasados los años, sabemos que el fiel de la balanza de la historia no se inclinó decisivamente del lado del amor interregional, pero sabemos también que crecieron los contactos, los entrelazamientos, los itinerarios compartidos. El abismo de la distancia del XIX, que explica por ejemplo que Eloy

Alfaro no conociera la ciudad de Quito más que el día que entró triunfante luego de la Revolución Liberal, empezó a cerrarse. El ferrocarril fue mucho más un esfuerzo nacional para crear un símbolo en común, que el símbolo espontáneo de un esfuerzo compartido. Los sectores dirigentes del país buscaron así dotar de sentido a aquel espacio que compartían por encima de sus diferencias regionales. Lo más importante no es que el ferrocarril consiguiera deshacer completamente el nudo de la indiferencia entre las regiones del país, sino que sus motivaciones se explicaban por esa búsqueda de forjar una unidad nacional que había sido esquiva por casi un siglo. Fue parte de un conjunto de acciones estatales para asegurar un futuro nacional común. Y, al final, el Ecuador siguió unido.

*Pablo Ospina Peralta*

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

